

¡Con 8 páginas
de fotos!

Disney+

De la Película Original
de Disney

Disney
LOS
DESCENDIENTES
CORAZÓN REBELDE

LA NOVELA

Disney
LOS
DESCENDIENTES
CORAZÓN REBELDE

LA NOVELA



Adaptado por Kelsey Rodkey
Basado en *Los Descendientes. Corazón Rebelde*
de Dan Frey y Russell Sommer

© 2024 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Gema Bonnín Sánchez, 2024
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-10029-34-7
Depósito legal: B. 15.330-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo uno



RED: ¡Bienvenidos de nuevo a Áuradon! Ya sabéis cómo va: soy ¡Mal... aventurada! Desde luego no soy esa Mal, reina de Áuradon. De hecho, ella ni siquiera está por aquí. Se ha ido con el rey Ben, Jay y Evie en busca de nuevos reinos con los que establecer alianzas, así que os toca aguantarme a mí, Red. Es lo que hay.

Soy la hija de la Reina de Corazones, pero no me lo tengáis en cuenta. Crecer en el País de las Maravillas, el único país que todavía se mantiene completamente al margen de Áuradon, hizo que tuviera una infancia interesante, por decir algo. Hasta ahora yo siempre he recibido la educación... en casa.

Lo llamaremos educación doméstica. El currículum académico incluye lecciones de mi

madre acerca de cómo ser mala y cómo gobernar con puño de hierro cuando me convierta en la próxima Reina de Corazones que se siente en el trono. Nada más le importa realmente. No sé por qué es de esa manera... pero sí sé que no quiero ser una copia.

Nunca he salido del País de las Maravillas, es todo cuanto conozco. Al menos hasta ahora. Porque este año voy a estudiar fuera. En Áuradon.

Me muero de ganas de llevar un poco de mi marca personal de maldad a ese lugar lleno de santurrones.

Si es eso lo que tiene que pasar, claro...

Capítulo dos



RED: Nunca creí que acabaría en la Academia Áuradon, pero ahora que una auténtica malota está al frente es posible que las cosas vayan a mejor peor. Los piratas saben cómo dar una fiesta, ¿no?



El sol se alzó por encima de la Academia Áuradon con la promesa de un nuevo día de excelencia académica. Más allá del despacho de dirección, los jardineros y el personal de mantenimiento procuraban tener el campus listo para un nuevo curso escolar. Y en el despacho de dirección...

¡Pum!

Uma abrió la puerta de una patada. Ahora estaba al comienzo de la veintena y era un poco más sabia, pero tan vehemente como siempre. La capitana pirata echó un vistazo a la habitación para evaluarla y dijo:

—Ya había estado en el despacho del director antes. —Sonrió—. Pero nunca así.

—He preparado té —informó el Hada Madrina, que le dio la bienvenida a Uma—. Siéntate, por favor. —Uma se dejó caer en el sofá dorado del Hada Madrina y acomodó sus botas sobre los cojines—. No es un trabajo sencillo, Uma. Pero espero que lo encuentres satisfactorio.

—He dirigido una banda de asesinos desde los dieciséis. Creo que puedo lidiar con unos chavales de instituto —dijo Uma.

Uma llamó a sus piratas, que estaban en el pasillo. Entraron en la estancia y de inmediato empezaron a redecorarla. Primero colgaron una inmensa bandera Jolly Roger en la pared y después sustituyeron los sujetalibros que había en las estanterías del Hada Madrina por unas calaveras. El Hada Madrina torció el gesto.

—Tú límitate a disfrutar de la jubilación —dijo Uma.

—No me jubilo, he sido elegida para presidir la Universidad de Áuradon.

Le entregó a Uma unos documentos que ella dejó a un lado de inmediato.

—Para asegurarnos de que la transición sea suave he preparado una lista con un sistema de colores en función de la prioridad.

Con una floritura, el Hada Madrina le dio a Uma el documento.

—Mi primera medida será asegurarme de que todos los chicos de todos los reinos serán bienvenidos si deciden asistir a la academia —dijo Uma.

—Esa ya es la política de la escuela.

—He dicho todos. Incluido... El País de las Maravillas.

El Hada Madrina se quedó boquiabierta.

—¿El País de las Maravillas? —Soltó una risita nerviosa—. No. Oh, no. El País de las Maravillas nos es hostil.

—Eso he oído. —Uma asintió con desinterés—. Su reina es una tirana.

—La Reina de Corazones se negó a unirse a Áuradon cuando nos aliamos. ¡Convocó un ejército y tuvimos que tapiar la Madriguera del Conejo! Ay, ojalá la reina Mal y el rey Ben estuvieran aquí... —musitó el Hada Madrina.

—Qué pena que no sea así. ¿Y por qué crees que Mal me dejó al mando si no es porque quiere que agite un poco las cosas por aquí?

Los piratas terminaron de colgar imágenes enmarcadas de las amistades de Uma: Mal, Ben, Jay y Carlos, entre otros.

—No te ofendas, Hada, pero tú no conoces a Mal y a Ben como yo —señaló Uma—. Yo antes odiaba a Mal, seguro que algo de eso te suena. Pero ¿sabes qué? Nos reconciamos. Vimos la bondad en la otra. Cuando ella y Ben por fin abrieron la Isla, les dieron una segunda oportunidad a todos los chavales villanos. Es hora de que el País de las Maravillas tenga la suya. —Uma puso una carta escrita a mano y sellada con cera en las manos del Hada Madrina—. Esto es para la princesa Red.

—¿Estás segura? —preguntó el Hada Madrina con tono inquisitivo.

Los ojos de Uma recalaron en una fotografía de Carlos y en su mirada se prendió un brillo de determinación. Sabía que su decisión era la correcta.

—Es lo que Carlos habría querido. Así que no lo hagamos por mí. Hagámoslo en su honor —dijo Uma.

El Hada Madrina asintió, cabizbaja, y después sacudió la mano.

—¡Bibidi... Bobidi... Bu! —dijo.

Unas chispas brotaron de la punta de su varita y la invitación se dobló mágicamente como un avión de papel que salió volando por la ventana.

Capítulo tres



RED: Habéis visto Áuradon y habéis visto la Isla de los Perdidos, pero nunca habéis estado en mi caótica tierra natal: el País de las Maravillas.



Más allá de la cúpula dorada del palacio del sultán en Ágrabah, más allá del denso Bosque de Sherwood, e incluso más allá de las agujas de Cenicientaburgo y de las paredes cubiertas de hiedra de la Academia Áuradon, crecía un árbol enorme en la base de cuyo tronco había una madriguera. Dicha madriguera estaba cerrada por una puerta de metal enterrada en enredaderas. A través de esa entrada había un portal de luz y color llamado la

Madriguera del Conejo, que conducía... al País de las Maravillas.

El País de las Maravillas resplandecía bajo la luz de la luna. En el centro de la ciudad se erigía un imponente palacio rodeado de calles limpias y ordenadas.

Los ciudadanos del País de las Maravillas, todos ataviados con prendas uniformes de color rojo y negro, se apresuraban por la ciudad en pulcras filas, yendo de sus hogares a sus puestos de trabajo. Uno por uno, cerraron el pestillo de sus puertas, asustados del toque de queda. Sobre sus cabezas, los faroles en forma de corazón del alumbrado callejero proyectaban un siniestro y rojizo resplandor en las calles desiertas. Una figura solitaria se deslizó entre las sombras, con la cabeza envuelta en una capucha de tachuelas. Se colocó bajo una farola y, con cuidado, se apartó del rostro uno de sus mechones de cabello de color rojo intenso. Red, una renegada de dieciséis años de ojos melancólicos y pintalabios carmesí, mantuvo el rostro oculto entre las sombras mientras escrutaba el entorno desde la esquina.

Múltiples topiarios en forma de corazón y urnas de rosas rojas llenaban el centro vacío de la ciudad y Red recurrió a su habilidad para el sigilo para coger unas tijeras de podar y recorrer una hilera de prístinos

arbustos que fue desnudando de rosas con una serie de movimientos cortantes y secos.

Dobló una esquina y se situó debajo de un retrato de tres pisos de altura de la Reina de Corazones que colgaba a un lado del edificio. Red miró hacia arriba a través de la máscara de encaje rojo que llevaba y alzó un globo de agua lleno de pintura roja que estampó contra el retrato. Contempló con satisfacción cómo la pintura estallaba y se derramaba sobre aquel semblante severo.

Pasó a los altos jarrones llenos de rosas y destrozó el primero con un mazo de cróquet en un experto movimiento típico del béisbol. Levantó el mazo e hizo lo mismo con el segundo. Sí. Se arrodilló con un elegante giro y fue a por el tercero. ¡Toma! Aquella triple combinación de destrucción la dejó aturdida y casi sin aliento. Pero no podía quedarse mucho más tiempo. Seguramente la guardia de la ciudad ya estaría en marcha.

Justo cuando Red huía de la plaza, los soldados del Ejército Carmesí, enfundados en sus uniformes adornados con los símbolos de los naipes, llegaron a la plaza liderados por la Sota de Diamantes. Peinaron la zona en busca del criminal responsable de aquel desastre. Red se escabulló por detrás de las columnas e hizo todo lo que estaba en sus manos por evitarlos. Después jugó sus cartas y lanzó un petardo en mitad de la formación.

De él saltaron chispas que dispersaron a los soldados hasta que finalmente estalló, lo que le permitió escapar sin que la vieran.

La Sota, un hombre de afeitado impecable y cabello largo y rubio, miró a su alrededor, furioso, hasta que detectó a Red en el tejado de un edificio cercano. Él subió y empezó a perseguirla, acortando el espacio que había entre ambos, seguido por sus soldados. No pensaba dejar que se le escapara.

Red llegó al borde de uno de los tejados y, de espaldas al vacío, se dio cuenta de que la Sota y sus soldados la tenían acorralada, pero... Ahí. Una caída de tres pisos a la que podría sobrevivir con un poco de ayuda del retrato echado a perder de la reina. Un resplandor se encendió en los ojos de Red ante el arrebatado de inspiración y cogió sus infalibles tijeras de podar.

Red saltó hacia atrás desde el borde del edificio en un gesto amplio y clavó las tijeras en el retrato. Al rebanarlo por la mitad, partiendo la cara de la reina en dos, Red consiguió ralentizar la caída y aterrizar de forma segura, lo que dejó a los soldados patidifusos en el tejado.

Salió pitando, abandonando la escena del crimen.

La Sota de Diamantes prosiguió con su persecución y ordenó a sus hombres que bajaran, tras lo que siguieron direcciones distintas. Llegó a un mirador y

escrutó la ciudad sin saber que Red se ocultaba justo debajo, apretada contra la pared, escudada en las sombras. Él no podía decirle a la Reina de Corazones que había dejado escapar al bandido. Sabía que una cabeza habría de rodar y, si no era la del vándalo, ¡sería la suya!

En contraste con el marcial palacio de aspecto frío, adornado con estandartes que lucían un amenazador blasón que representaba una rosa con espinas, la Red que huía era todo energía y resplandor. Corría. Bailaba. Saltó de un balcón a otro de los callejones, se tiraba de los toldos. Que no la hubieran atrapado la hacía sentir eufórica.

Finalmente, Red llegó a un callejón sin salida. Trató de no entrar en pánico ante aquel inesperado revés, pero el sonido de las botas acercándose no se lo ponía fácil. ¡Los soldados estaban a punto de llegar!

Red cogió una antorcha de la pared y la blandió desafiante y decidida, lista para arrojarla. Pero a medida que los soldados se aproximaban a la esquina, un gran gancho surgido de la nada cogió a Red por la mochila y la elevó por los aires. Los soldados entraron de prisa, convencidos de que estaban a punto de dar con la criminal, pero no encontraron nada. Miraron a su alrededor, confusos. Muy por encima de sus cabezas, Red colgaba de un gancho que parecía formar parte

de una especie de grúa. A los soldados no se les ocurrió alzar la vista en busca de su delincuente. El artulugio la llevó hasta un parapeto en el que se abrió una trampilla. Después, la grúa la soltó y ella cayó por un tobogán que nacía en el inicio inmediato de aquel hueco.

Dentro había un taller lleno de artulugios y cachivaches, chispeantes diseños eléctricos y pistones que expulsaban vapores. El tubo acentuó sus ángulos y escupió a Red en un sofá, de manera que quedó cara a cara con Sombrerero Maddox, el hijo del Sombrerero Loco. Él apretó un botón para retirar el tubo del que acababa de salir Red. Su cabello color lavanda y su alegre fular le daban un aspecto juguetón, pero lo que se adivinaba en su rostro era pura ansiedad. Soltó un bufido.

—Esos soldados podrían haberte arrojado al calabozo, Red. ¿En qué diablos estabas pensando? —dijo él.

—En que el retrato de mi madre necesitaba algún retoque —respondió ella con descaro—. Espero que le guste.

—Estoy seriamente preocupado por ti, Red —dijo Maddox mientras se ponía su abrigo bordado y alisaba su enorme sombrero de copa—. Como sigas así llegará un momento en el que no estaré ahí para salvarte. Lo sabes, ¿verdad?

—Sombrerero Maddox, sabes que no puedes salvarme. Soy una prisionera en el País de las Maravillas.

Una causa perdida —dijo Red, que se puso cómoda en el laboratorio de Maddox.

—No eres una causa perdida —replicó él sentándose a su lado—. Como tu tutor, mi deber es prepararte para el futuro. Y como tu amigo, quiero que tengas uno.

—¿Qué futuro, Mads? Literalmente tengo la madre más controladora de la historia. Nunca va a dejar que me vaya del País de las Maravillas.

—Sé que no es fácil crecer con una madre tan... —Maddox pensó en cómo formular el resto de la frase— peculiar. Pero has de saber que no siempre fue así. —Red le dirigió una mirada cargada de escepticismo—. ¡Es cierto! Todos somos productos de nuestro pasado. Y tu madre desde luego tuvo mala suerte.

—Simplemente quiere que me convierta en la próxima reina malvada, igual que ella. Y yo no quiero ser reina. Solo quiero vivir mi propia vida. Pero lo que yo quiera no le importa.

—Ay, Red. —Maddox se enterneció ante su confesión y meditó qué decir a continuación—. No pensaba enseñarte esto hasta que no fueras un poco mayor... —empezó—. Pero ya está acabado.

Se puso de pie y Red, movida por la curiosidad, fue tras él.

La llevó hasta una esquina de la habitación en la que había una mesa de laboratorio repleta de herramientas, artefactos y piezas diminutas. Una tela roja aterciopelada cubría un pequeño objeto que descansaba sobre un pedestal. Cuando Maddox retiró con dramatismo la tela y reveló un reloj de bolsillo dorado atado a una sólida cadena, Red sintió intriga.

—Mi máquina del tiempo —anunció él con orgullo—. Te lleva al momento en el tiempo en el que puedes conseguir aquello que más ansía tu corazón. —La sorpresa relampagueó en el rostro de Red—. Si de verdad quieres una vida diferente, Red, quiero que tengas la oportunidad de escogerla. Pero debo advertirte: cuando alteramos el tejido del tiempo puede haber consecuencias imprevisibles.

Red meditó aquello seriamente... y luego estiró la mano para coger el artefacto.

—Creo que podré vivir con eso —terció ella despreocupada.

Pero Maddox fue más rápido y ocultó el reloj en la palma de su mano.

—Todo podría cambiar. Podrías perder a tu madre por completo —dijo él.

La expresión de su semblante era prácticamente una súplica para que entendiera lo importante que era aquello.

Red se quedó quieta, estudiando sus palabras de nuevo. Mientras estaba sumida en el silencio, Maddox se guardó el reloj en el bolsillo y se alejó.

—Es demasiado peligroso. Cuando maduras —resolvió él—. Sé que estás frustrada, Red, pero estoy intentando velar por ti. Me importas mucho.

A pesar de su resistencia, a Red le conmovieron sus palabras. Se le acercó para darle un abrazo y lo apretó con fuerza.

—Gracias, Mads —dijo—. Al menos alguien se preocupa.

Se separaron y pusieron fin a aquel tierno momento. Entonces oyeron el sonido de unos pasos acercándose. Soldados.

—Si la reina se entera de que estoy acogiendo a una fugitiva, me meteré en un lío serio. Será mejor que te vayas, Red —dijo él.

—Te reto a echarme.

—Como deseas... ¡princesa! —dijo él al tiempo que presionaba un botón de su manga.

—¿Qué te he dicho de lo de llamarme princesa...?

Un tubo descendió hasta la habitación y la aspiró hacia el techo, empezando por su flamante cabellera rojiza. Uno de los artilugios de Maddox empezó a vibrar y de él salió una humeante taza de té que Maddox

sorbió despacio, saboreando la tranquilidad recién adquirida.

En el palacio, en su habitación, el tubo soltó a Red sobre su cama en forma de corazón. Agotada, se hundió entre los cojines rojos y negros que cubrían el colchón. Se metió la mano en el bolsillo y sacó... el reloj de bolsillo.

Estaba impresionada consigo misma por haberse atrevido a meter la mano en el bolsillo de Maddox. Con una sonrisa traviesa, atendió a las manecillas del reloj que giraban sin ningún orden y al tictac que producían.

Con su dedo rozó el botón en la parte superior y con su mente planeó sobre la posibilidad de cambiar su vida... pero dudó. No estaba segura de querer deshacerse de su madre para siempre, al margen de lo malvada que fuera. Su valentía, normalmente tan despierta y vibrante, se vio mermada por el eco de las advertencias de Maddox, aún en sus oídos.

«Hoy no».